

INTENCIONALIDAD Y SIGNIFICADO:
SEIS PROBLEMAS DE LA RELACIÓN
ENTRE EL PENSAMIENTO Y EL LENGUAJE*

*Intentionality and meaning: six problems about the
relationship between thought and language*

Juan José ACERO

Departamento de Filosofía. Universidad de Granada. E-18011 Granada (España)

BIBLID [(0213-356) 4, 2002, 85-96]

RESUMEN

¿Qué relaciones hay entre la intencionalidad –el contenido– de los conceptos y pensamientos y el significado –el contenido– de las palabras y oraciones? El presente artículo analiza esta cuestión distinguiendo en ella seis problemas diferentes que atienden a la naturaleza primitiva (o derivada) de la intencionalidad de lo mental, su expresión, el papel del lenguaje o de las instituciones lingüísticas en las condiciones de individuación del contenido mental. Una vez separados unos de otros esos seis problemas, el artículo llama la atención sobre un aspecto del problema hacia el cual la reflexión de los últimos años parece haber dejado de ser sensible: la faceta conceptual del estudio de esas relaciones. Aunque Wittgenstein y Ryle nos previnieron de que el estudio de estas relaciones está lleno de callejones sin salida, muchos científicos y filósofos no parecen ser conscientes de ello.

Palabras clave: intencionalidad, significado, lenguaje, pensamiento.

* El material que sigue presenta en forma muy resumida el contenido de una serie de conferencias dadas en el Departamento de Filología Española de la Universidad Rovira i Virgili (Tarragona) los días 8 y 9 de marzo del 2001. Toni Gomila, Francesc Camós y Neftalí Villanueva han sugerido diversas mejoras de forma y fondo a este trabajo, por lo que les expreso mi agradecimiento y exonero de toda responsabilidad a propósito de todo lo que digo en estas páginas.

ABSTRACT

What relationships are there between the intentionality, i.e. content, of concepts and thoughts and the meaning, i. e. content, of words and sentences? This question is analysed into six different problems concerning whether mind's intentionality is primitive or not, in virtue of what mind's contents come to be expressed in linguistic moulds, or what role play linguistic institutions in individuating mental content. Once these six problems have been distinguished from each other, attention is drawn to one point of the matter that recent philosophy of language and mind seems to have lost sight of, namely the conceptual facet of the relationships study. Though both Wittgenstein and Ryle carried out an important task in stressing that this question is plagued with conceptual *culs-de-sac*, many scientists and philosophers seem not to be aware of it.

Key words: intentionality, meaning, language, thought.

¿Qué vínculos hay entre intencionalidad y significado? Afirmar de nuestros pensamientos —es decir, nuestras percepciones, creencias, deseos, o intenciones— que tienen intencionalidad (o propiedades intencionales) es afirmar que tienen un *contenido*: que se trata bien de una percepción de *que tal y cual*, bien de una creencia de *que esto y aquello*, bien de una intención de *que eso y lo de más allá*, y así sucesivamente. Cuando hablamos de las propiedades intencionales de los pensamientos, nos referimos a las propiedades representacionales de un amplio abanico de estados mentales. Cuando nuestro tema es el significado, lo que nos concierne son las propiedades intencionales, el contenido, de las expresiones que utilizamos al hablar y escribir. Así, la intencionalidad es el contenido del pensamiento; el significado es la intencionalidad o contenido del lenguaje. Las relaciones entre intencionalidad y significado son las relaciones entre el pensamiento, entendido como he indicado, y el lenguaje. Pues bien, vuelvo a preguntar, ¿qué género de relaciones son ésas?

Un verbo al que se recurre con cierta frecuencia para formular esta pregunta es el verbo «depender»: ¿Depende el pensamiento del lenguaje o éste de aquél? En otras ocasiones, la pregunta se explicita al preguntar por la antecendencia (lógica o temporal): ¿Qué es primero, el pensamiento o el lenguaje? Estas preguntas, como otras similares, inducen a error. Las relaciones entre pensamiento y lenguaje son varias tanto en número como en naturaleza. Distinguir las es un paso necesario para afrontar esta cuestión tan amplia con un mínimo de garantías de progreso. En lo que sigue trato de contribuir a este objetivo.

Una manera de canjear por metálico el vale de la dependencia, característica del debate habido en la frontera de la filosofía del lenguaje y la filosofía de la mente de la última década y media, se hace efectiva así:

El problema de lo primitivo y lo derivado (Pr/Der): ¿Qué forma de intencionalidad es *primitiva* y cuál es *derivada*, la de los pensamientos o la de las expresiones lingüísticas?

Este Primer Problema escarba en la cuestión de si el contenido de un estado mental o el significado de una expresión depende de alguien o algo más. (Una formulación típica del problema se halla en Searle 1983: caps. 1 y 6). El reconocimiento de que han venido gozando los proyectos de naturalización en las últimas décadas explica el peso que se concede a *Pr/Der*. En efecto, admitir la naturaleza convencional del significado de las expresiones (palabras, oraciones y demás) de las lenguas naturales y los lenguajes formales es admitir que su intencionalidad no existiría sin la existencia de instituciones, normas o costumbres humanas. Supongamos que añadimos a esto la consideración de que esas instituciones y normas no existirían sin que sus creadores o sostenedores fuesen sujetos de creencias y deseos bien específicos. Ello lleva a concluir que la intencionalidad de los pensamientos es primitiva –no se debe ni a nada ni nadie más– y que la intencionalidad del lenguaje es derivada. La consecuencia de ambas premisas es una asimetría tajante: las propiedades intencionales del lenguaje dependen de las del pensamiento (cf. Searle, 1983; Vendler, 1972).

Una combinación de diversas doctrinas filosóficas, que han ocasionado amplios debates durante las últimas décadas, ha venido a avalar esta asimetría. Tres de ellas han de citarse. Una es la hipótesis del Lenguaje del Pensamiento [= LP], la hipótesis de que los estados mentales (creencias, deseos, etc.) son relaciones (de índole computacional) con oraciones de un código interno, una *lingua mentis*, cuyas expresiones están implicadas en, y que confieren identidad a, el procesamiento de la información en que consiste la vida mental. Una segunda es la doctrina de la Autonomía Semántica de la *lingua mentis* [= ASLP]. Esta doctrina cristaliza en otras dos tesis relevantes: (i) en la de que estas segundas son las que son en virtud de principios o bien de variación causal concomitante o bien teleológicos; y (ii) en la de que las propiedades intencionales de sus expresiones complejas están en función de las propiedades intencionales de sus componentes atómicos. El grueso de los programas de naturalización del contenido se ocupa de hacer explícitos estos contenidos. La tercera corresponde al programa de la denominada Semántica de Intenciones [= SI], también llamado el Programa de Grice (Bennett, 1976; Grice, 1989; Neale 1992; Schiffer, 1972). El objetivo de este programa es mostrar cómo los significados de las expresiones de una lengua derivan de determinados estados mentales de sus usuarios, a saber: de sus *intenciones griceanas* (intenciones-G); que el que una expresión «E» de una lengua L signifique ó puede reducirse, en última instancia, al hecho de que un usuario de L profiera «E» con la intención de lograr que sus interlocutores creen que él (o ella) piensa (o desea) que ó por medio del reconocimiento, por parte de estos interlocutores, de la intención del hablante. (Es, por tanto, el programa de explicar el *significado de las expresiones* de un lenguaje a partir del *significado del hablante*). Ya que esta compleja intención es un estado mental más, tanto LP como ASLP deben servir para elucidar no sólo qué tipo de estado es, sino qué contenido específico posee. Por tanto, la conjunción de LP, ASLP y SI ha de garantizar la prioridad de la intencionalidad del lenguaje del pensamiento de cada hablante sobre la del lenguaje que cada hablante comparte con los

demás. La clásica doctrina del doble código, el de las ideas en la mente y el de las palabras como signos públicos de las ideas, vuelve, renovada, al escenario de la discusión filosófica.

La tesis de la prioridad de la intencionalidad del pensamiento es para muchos una forma de ortodoxia. Ésta, sin embargo, se ha visto amenazada por más de una vía. Una de ellas aduce que muchos estados mentales obtienen sus propiedades intencionales de las de las expresiones lingüísticas y otros símbolos (diagramas, esquemas, etc.), [véase E. LePore y R. Van Gulick (eds.). Parte I, 1991]. Así, Dennett (1996) ha sostenido que los seres humanos somos criaturas *gregorianas* (en honor del psicólogo Richard Gregory) criaturas cuya inteligencia les lleva a diseñar nuevas herramientas, pero también a ser modificados por ellas. Y son las palabras, con su combinatoria sintáctico-semántica, las herramientas más poderosas de todas. El lenguaje es no sólo *el* medio en que queda depositada la experiencia humana –tesis familiar desde Platón–, sino también una herramienta que convierte al cerebro humano en una suerte de computador digital simbólico.

¿Qué queda, en vista de una objeción así, de la doctrina clásica de la que la intencionalidad del pensamiento es intrínseca, mientras que la del lenguaje es derivada? De una parte, la idea de que hay formas de intencionalidad, muy básicas, que son prelingüísticas, concita un consenso unánime, [véase Carruthers y Boucher (eds.), 1998; Stephan, Hendrichs y Dreckmann (eds.), 1999; Weiskrantz (ed.), 1988]. De otra, que esa asimetría tiene una lectura diferente, una lectura que lleva consigo una respuesta a esta otra pregunta:

El *problema de la expresión (Exp)*: ¿En qué sentido las palabras y oraciones del lenguaje expresan los conceptos de que constan nuestros pensamientos y los pensamientos mismos?

Si dilucidar la naturaleza de la relación entre el pensamiento y el lenguaje es dilucidar la naturaleza de la relación de expresión, no hay duda de cuál es el orden en que hay que tomar los términos de *esta* relación. Las palabras y frases, al menos muchas de ellas, expresan conceptos; y muchas de nuestras oraciones, aunque no todas, expresan pensamientos. Ahora bien, los problemas *Pr/Der* y *Exp* son independientes. Una respuesta a este segundo, por ejemplo, no lleva consigo una respuesta al primero.

Contribuye a enturbiar las aguas el que voces protagonistas en estos debates no se hayan detenido en esta circunstancia. Fodor (1990, 1998) ha sostenido que la prioridad del pensamiento sobre el lenguaje es explicativa y ontológica: «[U]no puede contar toda la verdad acerca de cuál es el contenido de un pensamiento *sin decir nada en absoluto sobre el significado del lenguaje natural*» (Fodor, 1998, p. 68). Es obvio que todo depende de cuánto incluya Fodor en su «toda la verdad». Él cuenta con las tres premisas que ya cité, LP, ASLP y SI. La apuesta por esta conjunción es, sin embargo, arriesgada. Más arriba afirmé que ASLP suscita dudas. Ya en Dretske (1981, p. 9) se percibía la razón para ser pesimistas a este respecto: está de más pensar que la (activación de una) estructura neuronal *N* representa la presencia de un

caso de (la propiedad) *F*, si el reclutamiento de *N* por cosas que son *F* no ha superado una fase crítica de aprendizaje. Y la competencia lingüística es imprescindible para superar esta fase. En su ausencia la semántica de las palabras de la *lingua mentis* tendrá un contenido altamente indeterminado. (El mismo Fodor ha contribuido a mostrar que éste es el sino de toda una avenida de ASLP; y su propia alternativa no está en mejor condición: cf. Loewer y Rey, eds., 1991). De ello se sigue que parte de la verdad de la intencionalidad del pensamiento depende de la intencionalidad del lenguaje. Admitido esto, queda removido el obstáculo que impide distinguir entre los problemas *Pr/Der* y *Exp*, el problema del origen de la intencionalidad y el de la transferencia de la intencionalidad del pensamiento a la del lenguaje.

Otra consideración obliga a considerar *Exp* un problema independiente. El Programa de Grice ha acaparado, de forma prácticamente exclusiva, el interés de aquellos que se han preguntado cómo algo puede convertirse en signo o representación de un contenido. Sin embargo, ha habido voces que han distinguido entre *comunicar* y *representar*. Así, Searle (1983, 1986) ha insistido en que el Programa de Grice se propone elucidar la manera en que una acción llega a ser instrumento de comunicación de un pensamiento; y ha añadido a esto que lo esencial de la intencionalidad lingüística no son los principios de la comunicación, sino los de la representación. El punto esencial de su argumento es que uno alcanza a comunicar algo por medio de una señal o de una proferencia, si una u otra ya pueden representar lo que uno querría comunicar con ella. El debate pone de manifiesto que, por haber más de una respuesta posible a *Exp*, este problema posee una identidad propia.

El recurso al Programa de Grice para solucionar *Pr/Der* y *Exp* sugiere que la idea de analizar el significado de palabras y frases a partir de las intenciones-G de los hablantes se ha convertido en una clave de las relaciones entre la intencionalidad del pensamiento y la intencionalidad del lenguaje. Por ello, el Programa de Grice ha sido entendido de formas diversas, en función de los objetivos a los que se lo haya asimilado (y también de distintos matices presentes en los propios trabajos de este autor). La forma aparentemente más ortodoxa es la que ve en él el objetivo de explicar el *significado* de las palabras y frases de un lenguaje, así como también de lo que sus usuarios *dicen* con ellas, a partir de lo que los hablantes *quieren decir* en las ocasiones concretas de habla (cf. Neale, 1992). Sin embargo, hay otras maneras de entenderlo. La interpretación reductiva (Schiffer, 1972, 1987), ya aludida, según la cual nada hay en el significado que no se reduzca a intenciones-G y otros estados mentales. Y también se halla extendida la interpretación que podríamos llamar de las condiciones de comunicación. Según ésta, el Programa de Grice se ocupa de las condiciones que han de cumplirse para que un hablante y su interlocutor *logren* comunicarse (cf. Bennett, 1976; Fodor, 1998; pero también otros muchos autores). Cada una confiere al análisis de las relaciones entre pensamiento y lenguaje un sesgo especial. En lugar de ocuparme ahora de las analogías y diferencias que aproximarían o distanciarían semejantes interpretaciones, quiero hacer mención de otra.

Es una que apenas si ha merecido la atención de los filósofos, aunque no hay duda de que el propio Grice le reservó un lugar importante en sus reflexiones.

El problema de la complejidad psicológica del hablante (CPSH): ¿Qué complejidad psicológica ha de tener un sujeto para ser un hablante/intérprete de una lengua?

CPSH atiende a una cuestión *constitutiva*: cómo tiene que *estar* ahormado un sujeto, desde el punto de vista de sus estados mentales, para tener intenciones-G. Grice aventuró una interesante propuesta en la que trazaba paralelismos entre la capacidad de tener intenciones-G y la capacidad de fingir estados con significado *natural* (como los de sentir dolor). Su detallado análisis de las condiciones que habrían de darse en alguien para poder fingir, junto con las cláusulas de que, allí donde hubiese intenciones-G, (i) el sujeto no fingiría, y (ii) sus actos no tendrían significado natural, es un punto de referencia para el que no se han propuesto alternativas (que yo conozca). Sin embargo, algunos filósofos (Dennett, 1987; Stephan, Hendrichs y Dreckmann, eds., 1999), sí que han atendido a esta cuestión al explorar la intencionalidad de las mentes de algunos animales.

Quien planteara el Problema *CPSH* asumiría que es necesario que un sujeto posea una complejidad psicológica muy notable *antes* de hallarse en condiciones de *querer decir* algo al ejecutar una acción. (Y otro tanto habría que decir del que entiende que la relación de expresión, entre signos y contenidos mentales, resume una prioridad ontológica y explicativa del pensamiento sobre el lenguaje). Desde mediados del siglo pasado, esta exigencia ha sido puesta en tela de juicio por filósofos del lenguaje y de la mente inspirados, en mayor o menor medida, en ideas de Quine y Davidson (Davidson, 1984; Quine, 1960). Por tomar en consideración tan sólo al segundo de estos autores, lo que estaba en cuestión para ellos es esto:

El problema de la individuación del pensamiento por el lenguaje (IndL): ¿Tienen condiciones de individuación los pensamientos (deseos, creencias, intenciones, etc.), de los sujetos independientemente de que se les reconozcan competencias lingüísticas?

El Problema *IndL* no es el de si las intenciones-G puedan codificarse en, y ser ellas mismas, a su vez, promovidas por convenciones lingüísticas. A esta pregunta se ha respondido afirmativamente desde hace tiempo (cf. Bennett, 1976). Un factor decisivo de la confianza en esta posibilidad lo ha representado el hoy ya clásico análisis que llevó a cabo Lewis de la noción de convención. Lewis (1969) propuso entender una convención como una regularidad en la conducta de los miembros de un población que permitiría coordinar los intereses de (casi) todos ellos. Esta sugerencia se hace extensiva a las intenciones-G preguntándonos cómo podrían coordinarse las iniciativas de diversos sujetos que quisieran producir un cierto efecto en sus respectivas audiencias mediante el reconocimiento de su intención. ¿Por qué no fijar ciertos signos, y no sólo signos, sino también una gramática que rigiera su uso, que les permitiera lograrlo en cada caso con tal de recurrir a él?

El Problema *IndL* es diferente (y seguramente más fundamental). La cuestión de cómo las intenciones-G se asocian a convenciones (y de cómo luego éstas las posibilitan) presupone la individuación de pensamientos independientemente de que haya convenciones lingüísticas. *IndL* atiende al caso en que el supuesto queda bajo sospecha. Davidson (1984), en particular, ha defendido que no puede individuarse los pensamientos de nadie/nada si no puede atribuírsele capacidades de habla e interpretación suficientemente definidas. Cuanto más perfiladas estén unas, mejor circunscritas estarán las otras. Por lo tanto, en ausencia de estas capacidades, se hará difícil, si no imposible, reconocer que estamos ante un sujeto con mente. Dennett (1978) ha explorado consecuencias de este punto de vista de Davidson al defender que la intencionalidad, del pensamiento y el lenguaje, se encuentra en nuestros ojos de intérpretes en buena medida (cf. Dennett, 1987). Posiblemente, el punto álgido de este tema lo constituye un argumento de Davidson. El argumento deduce una respuesta negativa a *IndL* de estas dos premisas: (i) Nada/nadie puede tener una creencia sin disponer del concepto de creencia; (ii) no puede disponerse del concepto de creencia si no se es un hablante/intérprete de una lengua (véase Davidson, 1986, así como sus contribuciones a Preston, 1997 y Stephan, Heindrichs y Dreckmann, 1999). El argumento explota la distinción objetivo-subjetivo: sólo se es sujeto de creencias si se domina esta distinción. Y la posesión de un lenguaje —o del concepto de verdad intersubjetiva— basta para dotarnos de esta posición de ventaja.

Mejor que valorar el argumento de Davidson, consideraré las diferencias entre los problemas a los que he venido refiriéndome. Un «No» a *IndL* condiciona qué actitud tomemos ante los restantes. Esta negativa nos deja las manos libres ante *Exp*. Sin embargo, constituye un obstáculo serio para resolver *Pr/Der* dando prioridad a las propiedades intencionales del pensamiento frente a las del lenguaje. El proyecto de separar unas de otras parecería difícil de justificar. Y otro tanto hay que decir de *CPSH*, al que habría que responder concediendo a los significados de las expresiones un papel en la constitución de las intenciones-G. Aunque se ha insistido en que el Programa de Grice sería incompatible con esta concesión, la posibilidad de interpretar dicho programa de modo que esquive este conflicto le quita mucho hierro a la crítica.

Un argumento para responder negativamente a *IndL* es su proximidad con algunas ideas de corte no individualista que han centrado una parte destacada del debate del último cuarto de siglo. Me refiero a la siguiente cuestión:

El problema de la individuación del contenido del pensamiento (*IndC*): ¿Desempeñan el lenguaje o las instituciones lingüísticas papel alguno en la individuación del contenido de los pensamientos?

No repetiré aquí los argumentos de Putnam y Burge para responder afirmativamente. Putnam (1975) ha invocado una hipótesis de División del Trabajo Lingüístico para explicar el contenido amplio de nuestros conceptos de género natural («agua», «limón», etc.); y Burge (1979) ha argumentado cómo nuestro ajuste a las normas de uso de una comunidad lingüística determina el contenido de lo que pensamos,

pese a que nuestra desviación de esas normas sea puntualmente clara y afecte a conceptos muy variados (como «artritis» o «sofá»). En ambos casos, el contenido no sobreviene de condiciones del organismo de los titulares de esos conceptos (y de los pensamientos de los que sean constituyes). La pertenencia a instituciones o grupos en que estén vigentes las normas intelectuales oportunas fija la identidad de esos contenidos; es decir, fija sus propiedades intencionales. Hace casi medio siglo Wittgenstein (1953, §§ 335 y ss.) había anticipado esta conclusión.

Hasta el momento he dividido la cuestión global de la dependencia recíproca de lenguaje y pensamiento en cinco problemas diferentes: *Pr/Der*, *Exp*, *CPsH*, *IndL* y *IndC*. Los cinco problemas, podríamos decir, son característicamente filosóficos. Ninguno de ellos plantea la que podríamos considerar la cuestión empírica por excelencia:

El *problema del mecanismo (Mec)*: ¿Mediante qué mecanismo llega el lenguaje a ser expresión del pensamiento o, además de ello, a potenciar ciertas capacidades cognoscitivas?

La pertinencia de *Mec* no se le escapa a nadie. Como tampoco que cualquier avance que se haga a propósito de esta cuestión tendrá repercusiones en varios de los problemas mencionados (como *Pr/Der*, *CPsH* o *IndL*). Que la adquisición de una lengua potencia ciertas capacidades cognoscitivas suyas, de forma muy especial las que afectan al pensamiento abstracto, es un hecho comprobado (cf. Sacks, 1991; Schaller, 1993). Si hay pensamientos a los que tenemos acceso por ser competentes en el uso de sistemas simbólicos complejos, las propiedades intencionales de esos pensamientos derivan de las de los elementos que les servirían de vehículo. Así, investigar la naturaleza del mecanismo causal que media en esas relaciones es un *desideratum* insoslayable. En los años treinta del siglo pasado, Vygotsky argumentó que, pese a que en el desarrollo ontogenético pensamiento y lenguaje tengan raíces diferentes, las capacidades lingüísticas del individuo y sus funciones cognoscitivas llegan a encontrarse. Y sostuvo que el principal resultado es la aparición de *conceptos*, con lo que ello conlleva: el desarrollo de capacidades como las de clasificar e inferir y el poder hacerlas extensivas a situaciones nuevas, incluso simplemente imaginadas.

Las propuestas de Vygotsky refuerzan nuestro interés por *Mec*. En su línea podríamos reseñar investigaciones varias. Ya me he referido a la idea de Dennett (1996) de que el mecanismo por el que el lenguaje potencia el pensamiento es *computacional*: aprender a hablar y entender una lengua es aprender a programar y reprogramar determinadas tareas cognoscitivas. El lenguaje le proporciona a uno las ventajas que tiene la utilización de símbolos: muchos nuevos conceptos e insospechadas posibilidades de empleo. Clark y Karmiloff-Smith, por su parte, entienden que los beneficios cognoscitivos de la adquisición del lenguaje ilustran un principio general de muy largo alcance: que en la ontogenia humana la adquisición de nuevas capacidades se materializa, en dominios varios, en el hecho de que información *presente en* el individuo, pero no disponible para una o más de sus

facultades o sistemas, quede a *disposición de éstas* (véase Karmiloff-Smith, 1993; Clark y Karmiloff-Smith, 1994). No es que la adquisición del lenguaje, un proceso que abarca una porción significativa de nuestras vidas, produzca una reprogramación de nuestro cerebro, convirtiéndolo en un sistema de cómputo digital, sino que incrementa y extiende capacidades ya disponibles, sin alterar su arquitectura conexionista. Estas y otras formas de hacer literales las sugerencias de Vygotsky están siendo exploradas hoy día. Los logros que se obtengan avanzando por estas rutas se traducirán en una mayor claridad al plantear y tratar de resolver los problemas que interesan a los filósofos.

Los seis problemas distinguidos hasta el momento señalan las principales de líneas de investigación y debate acerca de las relaciones entre el pensamiento y el lenguaje que han ocupado el interés de los filósofos en tiempos recientes. Si mi análisis es suficientemente correcto, entonces puede percibirse el cambio operado en este dominio de la filosofía. Hacia mediados del siglo pasado, poco más o menos, un conocedor de la cuestión que nos concierne habría dicho que dos doctrinas merecerían capítulos aparte: la Hipótesis del Relativismo Lingüístico [= RL], de los lingüistas Sapir y Whorf (véase Whorf, 1958). RL hace de una forma de dependencia extrema del pensamiento con respecto al lenguaje su bandera. Para sus partidarios, las grandes categorías gramaticales de una lengua imponen una cosmovisión del mundo sobre quien la adquiere y usa, proyectando sobre una realidad supuestamente indiferenciada patrones específicos de ella (cf. Whorf, 1956, § 253). Varias décadas de crítica y contracritica han llevado a una situación en la que RL ha sido depurado de su más chocante componente metafísico, lo que Davidson (1984, §§ 183 y ss.) llamaría el dualismo del esquema y el contenido, a la par que se ha conservado el principio del papel que desempeñan las estructuras gramaticales en la constitución de diversas estructuras cognoscitivas (véase Lucy, 1993). La posición resultante, a la que podríamos llamar Relativismo Lingüístico Bajo en Relativismo, puede entenderse como una contribución a la discusión de la mayor parte de los problemas que he venido considerando, en especula (*Pr/Der*) y (*Mec*). Sin embargo, no ha de pasarse por alto que las credenciales empíricas de la forma extrema han sido objeto de críticas metodológicas muy severas (véase Pullum, 1991).

La segunda doctrina entiende el pensamiento como un diálogo, que transcurre *in foro interno*, de cada cual consigo mismo, concepción ésta que hunde sus raíces en terrenos muy antiguos de la tradición filosófica, hasta diálogos platónicos como el *Teeteto* (Platón, 1988). En la actualidad —éste es mi juicio—, la visión dialógica del pensamiento es, todo lo más, una metáfora. Los responsables de que esto sea así fueron el último Wittgenstein (1953) y Ryle (1949, cap. IX, 1982), que la sometieron a un análisis implacable. Aunque siguiendo caminos diferentes, uno y otro fueron implacables en la crítica de que, tomada al pie de la letra, la metáfora alimenta sinsentidos diversos (Wittgenstein, 1953, §§ 316-362) hizo del rechazo de

la doctrina del Doble Código, la *lingua mentis* y el lenguaje público compartido, un aspecto central de su sofisticada crítica de la visión de la mente como un escenario privado en el que cada cual percibe sus vivencias y accede a sus estados mentales de forma inmediata. Particularmente notables son las observaciones de Wittgenstein avisándonos de la trampa, semioculta en el lenguaje común, de que «pensar», por ser precisamente un verbo, significa una *actividad* (en particular, la de mirar dentro de uno mismo) como supuestamente harían todos los verbos. Frente a esta impresión, Wittgenstein muestra cómo los conceptos de pensar y de pensamiento no son conceptos de actividad. Tanto en la obra de este autor como en la obra póstuma de Ryle (véase Ryle, 1982) este género de argumentos alcanzan un grado de virtuosismo que no corre parejo a la atención que hoy se les presta. Para Ryle (1982, cap. II), por ejemplo, «pensar» y otros verbos que parecerían designar actividades propiamente intelectuales son lo que él llama *verbos adverbiales*, es decir, adverbios disfrazados de verbos que sirven para expresar modos en que ejercemos múltiples habilidades. Los actuales, sin embargo, no parecen ser tiempos sensibles al eco de estos argumentos. En la campaña contra el Dualismo Cartesiano que ha venido teniendo lugar desde hace cincuenta años, la actual filosofía de la mente parece haberse decantado mayoritariamente por las opciones materialistas: por tragarse la bala, como lo expresa el dicho anglosajón. Con el arrumbamiento del modo de hacer típicamente analítico, son la excepción los filósofos influyentes que entienden que de los errores del Dualismo nos liberan los actos de fe materialistas tan sólo a costa de incurrir en otros no del todo distintos. Wittgenstein y Ryle insistieron en esta idea. Si tenemos la certeza de que los errores conceptuales no se subsanan únicamente con investigación empírica, las futuras filosofía del lenguaje y de la mente tendrán que desempolvar muchas páginas que se escribieron en la primera mitad del siglo pasado.

BIBLIOGRAFÍA

- BENNETT, J. (1976), *Linguistic Behaviour*, Cambridge, University Press.
- BURGE, T. (1996), «Individualism and the Mental», en FRENCH, P., UEHLING, Th. y WETTSTEIN, H. K., (eds.). *Midwest Studies in Philosophy*, IV, University of Minnesota Press, 1979. [Trad. esp., *Pensamiento y lenguaje*, VALDÉS, M. (ed.), México, UNAM].
- CARRUTHERS, P. y BOUCHER J. (eds.), *Language and Thought. Interdisciplinary Essays*, Cambridge, University Press, 1998.
- CLARK, A. y KARMILOFF-SMITH, A. (1994), «The Cognizer Innards», *Mind and Language*, 8, pp. 487-519.
- DAVIDSON D. (1984), *Inquiries Into Truth and Interpretation*, Clarendon Press.
- (1985), «Rational Animals», en LEPORE, E. y McLAUGHLIN, B. (eds.), *Actions and Events*, Basil Blackwell.
- DENNETT, D. (1987), *The Intentional Stance*, Cambridge, Ma., The MIT Press.
- (2000), *Kinds of Minds*, Londres, Weidenfeld & Nicholson, 1996. (Trad. esp., Madrid, Istmo).
- DRETSKE, F. (1981), *Knowledge and the Flow of Information*, Oxford, Basil Blackwell. (Trad. esp., *Conocimiento e información*, Barcelona, Salvat, 1987).
- FODOR, J. (1990), *A Theory of Content and Other Essays*, Cambridge, Ma., The MIT Press.
- (1998), *In Critical Condition*. Cambridge, Ma., The MIT Press.
- GRICE, P. (1989), *Studies in the Way of Words*, Harvard, University Press.
- (1991), *The Concept of Value*, Clarendon Press.
- KARMILOFF-SMITH, A. (1993), *Más allá de la modularidad*, Alianza Psicología.
- LEPORE, E. y VAN GULICK, R. (eds.) (1991), *John Searle and His Critics*, Basil Blackwell.
- LEWIS, D. (1969), *Convention: A Philosophical Study*, Harvard, University Press.
- LOEWER, B. y REY, G. (eds.) (1991), *Meaning in Mind: Fodor and His Critics*, Basil Blackwell.
- LUCY, J. (1993), *Language Diversity and Thought: A Reformulation of the Linguistic Relativity Hypotheses*, Cambridge University Press.
- NEALE, S. (1992), «Paul Grice and the Philosophy of Language», *Linguistics & Philosophy*, 15, pp. 509-559.
- PLATÓN (1988), *Teeteto*, Madrid, Gredos.
- PRESTON, J. (ed.) (1997), *Thought and Language*, Cambridge, University Press.
- PULLUM, G. (1991), «The Great Eskimo Vocabulary Hoax», en *The Great Eskimo Vocabulary Hoax, and Other Irreverent Essays on the Study of Language*, University of Chicago Press.
- PUTNAM, H. (1975), «The Meaning of "Meaning"», *Philosophical Papers*, II, Cambridge University Press. [Trad. esp. VALDÉS, Luis (ed.), *La búsqueda del significado*, Madrid, Tecnos, 1991].
- QUINE, W. V. (1960), *Word and Object*, Cambridge, Ma., The MIT Press. (Trad. esp., Barcelona, Labor, 1968).
- RYLE, G. (1949), *The Concept of Mind*, Hutchinson. (Trad. esp., Buenos Aires, Paidós, 1967).
- (1982), *On Thinking*, edición corregida, Basil Blackwell.
- SACKS, O. (1991), *Veo una voz*, Anaya, Mario Muchnik.
- SCHALLER, S. (1993), *Un hombre sin palabras*, Anaya, Mario Muchnik.
- SCHIFFER, S. (1972), *Meaning*, Oxford, University Press.
- SEARLE, J. (1983), *Intentionality. An Essay in the Philosophy of Mind*, Cambridge, University Press. (Trad. esp., Madrid, Tecnos, 1992).

- (1986), «Meaning, Communication and Representation», en GRANDY, R. (ed.), *Philosophical Grounds of Rationality*, Clarendon Press.
- STEPHAN, A.; HENDRICH, H. y DRECKMANN, F. (eds.) (1999), *Animal Mind*, *Erkenntnis*, 51, p. 1.
- VENDLER, Z. (1972), *Res Cogitans. An Essay in Rational Psychology*, Ithaca, NY, Cornell University Press.
- VYGOTSKY, L. (1995), *Pensamiento y lenguaje*, Paidós.
- WEISKRANTZ, L. (ed.), *Thought Without Language*, Oxford, University Press, 1989.
- WHORF, B. L. (1956), *Language, Thought and Reality*, Cambridge, Ma., The MIT Press. (Trad. esp., Barcelona, Barral, 1971).
- WITTGENSTEIN, L. (1953), *Philosophische Untersuchungen/Philosophical Investigations*, Oxford, Basil Blackwell. (Trad. esp., Barcelona/México, Crítica/UNAM, 1988).